

más piernas y aún cobraba más piezas que todos ellos juntos. Por eso bien que le buscaban, bien. Igualito que ahora.

Lo que más le dolía era la falsedad; que no dieran la cara, que no fueran con la verdad por delante, y aún pretendieran quedar bien. No hacía aún ni una semana se había encontrado con el ebanista que, nada más verle, le soltó: «Bueno, abuelo, supongo que no estará haciendo usted planes para el domingo. Se viene con nosotros». No quiso discutir ni decirle lo que le tenía que haber dicho, y se limitó a replicar que para él la caza ya se había acabado, porque eran ya ochenta años y además, desde que murió la mujer, no tenía ya ganas de nada... Y el otro venga a insistir en que si ahora se iba ya a acobardar, y que no fuera tonto y se fuera con ellos aunque sólo fuera unas horas por la mañana, que ya sabía él que todos le apreciaban, y que habían sido muchos años de cazar juntos... Y él se limitó a agradecersele y a decir que no, que ya iba a colgar la escopeta. No quiso decirle la verdad: como hacía un año le había escuchado por casualidad quejarse con los otros de que el abuelo ya no estaba para esos trotes y que sólo era un estorbo; y que tampoco le parecía justo que, a la hora de repartir, todos iguales. Y nada más oírle —y bien ajeno estaba el otro de que le escuchaba—, se dijo que una y no más; que él no estaba acostumbrado a que le regalase la caza nadie, y que con aquella partida no volvía a salir por nada del mundo.

Dejó el coche entre los dos acebuches que se alzaban junto a la poza, con la idea de volver por allí a la hora de comer. Pues una de las cosas que más echaba de menos eran aquellos manantiales que brotaban por todas partes en su tierra, aquellas fuentes de agua fina y helada que daba gloria llegar a ellas cuando más apretaba la calina. Porque aquí el campo era más feo; aunque no, no era eso, porque también tenía su encanto, sobre todo en otoño y primavera que se ponía de verde que daba alegría verlo. Pero lo que no había era agua por todas partes, agua buena para beber. Y aquella poza, aunque de agua basta, servía al menos para que se refrescasen la perra y el vino. Así que, con la idea de volver, cerró el coche sin tan siquiera tomar el morral. Con la percha tenía suficiente por si caía alguna perdiz o algún conejo. Además, había vuelto a entoldarse. Seguro que no se escapaba el día sin llover. Estaba decidido: a mediodía se volvía a casa.

Y es que, la verdad, le daba algo de reparo andar por el campo solo, con sus años y aquella pierna que no había vuelto a ser lo que era desde que el manazas del Emilio le metió la perdigonada y encima, al año, aquel otro chalado con la moto le echó la confirmación. Su hija siempre le estaba dando la lata con que cualquier día se iba a quedar en el campo; y era verdad. A lo mejor ese era su fin. Caerse y quedarse tieso al pie de un chaparro, sin que nadie supiera de él hasta que, a los dos o tres días, le descubriesen por el olor. Aunque, bien mirado, aquella era la muerte que le resultaría más propia, y también la más apetecible. Quedarse allí, en el campo, entre las jaras, los pulmones aún llenos con la última bocanada de aquel aire perfumado por las plantas silvestres, mientras se iban apagando en él, y a la par, la luz del atardecer y el trino de los pájaros... Incluso sería bueno que le enterrasen allí, en la dehesa. Que le enterrasen con su escopeta, como había leído que enterraban a los indios en la pradera, con sus flechas y su hacha, dispuestos para seguir cazando, pues creían que se continuaba cazando en el más allá, lo que, por cierto, no era una mala creencia. Porque tampoco

sabía a quién se la podría dejar, pues mira por dónde con tantos hijos y yernos, a ninguno le había dado por el campo. Aunque, por otra parte, la escopeta ya tenía un destinatario: Se la dejaría a Manolillo, que bien iba saber aprovecharla.

¡Aquel sí que era de ley, no como los otros! Aquel sí que le tenía apego, y cuando decía de salir juntos lo decía de corazón. Y eso que él muchas veces se excusaba, porque sabía que era un estorbo para Manolillo; que ya no era capaz de seguir a su aire, y que cuando salía solo el muchacho, cobraba mucho más que cuando salían los dos. Y por eso, muchas veces le rehuía, porque Manolillo, aparte de la afición, que la tenía loca, salía al campo a buscar el pan de los suyos, pues el pobre con la pensión que le había quedado por la silicosis poco podía hacer y tenía que arrimarse a lo que fuera; y antes sí tenía sus chapuzas, que trabajador era como pocos y se le daba muy bien todo lo de la construcción, pero ahora, con el paro que había, tenía que hacer cola; así que buscaba un alivio en el campo, con los espárragos, o los pajaritos, o la caza, o lo que fuese, que para todo era un águila. Por eso, un día que se había excusado de salir, y el otro le dijo que qué le había hecho para que de un tiempo a esta parte hiciera ascos de salir con él, fue y le largó: «Mira, Manolo, yo soy muy claro. Tú sabes que yo te aprecio como a un hijo y que te he dicho muchas veces que he tenido buenos compañeros de caza, pero ninguno como tú; pero, por eso mismo, te digo que me da reparo el acompañarte, pues de sobra sé que yo con mis años sólo te sirvo de estorbo. Y tú sales al campo, como yo cuando era joven, no sólo por divertirte, sino para llevar comida a tus hijos, que la necesitan. Así que por eso es por lo que muchas veces me excuso: para que tú puedas ir a tu aire, sin el engorro de cargar conmigo». Y mientras, el otro le dejaba hablar, sin hacer intención de interrumpirle, quieto y callado hasta que dijo lo que tenía que decir. Y entonces fue él quien habló, también muy serio y pausado, sin aspavientos ni alharacas: «Mire usted, abuelo. Hoy sí que me ha convencido de que está usted mucho más viejo de lo que creía yo viéndole en el campo y, permítame que le diga, un poco chocho. Por eso le consiento que me hable como me ha hablado antes, y no me doy por ofendido. Pero quiero que entienda una cosa: mientras usted pueda salir al campo con una escopeta, usted se viene conmigo. Y si matamos más, como si matamos menos, que también los conejos tienen derecho a vivir. Y en cuanto a lo que coman o dejen de comer mis hijos, eso es cuestión mía, y mientras yo viva, tampoco se van a morir de hambre. Así que no hablemos más y, por favor, no vuelva usted a salirme con esos disparates».

Recordaba las palabras de Manolillo mientras descendía la ladera en dirección a la rambla. Era allí, en aquellos zarzones que jalonaban el cauce seco, donde podría encontrar algún conejo. Delante de él la perra cogía alguna vez un rastro y agitaba alegremente la cola, pero de sobra sabía él que en aquel terreno no iba a hacer nada, pues todos los conejos que durante la noche habían rondado por allí, estaban ya en sus encierros. Así que caminaba distraído, recordando aquellas palabras de Manolillo y pensando que aquél no era como los otros; que si hubiera estado bien, hoy no estaría él cazando solo. Pero Manolo andaba últimamente pachucho, y llevaba unos días en la cama, con fiebre. No, no le gustaba nada cómo estaba aquel muchacho... Y es que la puta mina, acababa en unos pocos años con un hombre.

Así que andaba distraído, porque lo que menos podía figurarse es que fuera a saltar

precisamente ahí. Ya lo decía el refrán... La liebre se había acunado en mitad de la ladera, en un terreno que él había pateado durante años sin que jamás se levantara una y, mira por dónde, ahora se había quedado allí. Así es que entre su distracción y la sorpresa, cuando la tiró ya iba muy larga. El primer disparo fue tirar por tirar, pero con el segundo estaba seguro de que la había tocado. Ahora que, con el paso que llevaba, sabe Dios dónde iría a tumbarse.

Llamó a la perra para que volviera, dejando su inútil carrera tras la liebre. La perra cesó de chillar. Pensó que, obediente a sus voces, regresaba, y reanudó el descenso de la ladera. Pero cuando transcurrido un par de minutos comprobó que la perra no había vuelto, tuvo en un sobresalto el presentimiento de lo que había ocurrido. Se había caído por el derrumbadero que se abría sobre el recodo que hacía la rambla.

Ni siquiera se aproximó al barranco para comprobar su presentimiento. Con la certeza del hecho, bajó lo más deprisa que pudo lo que restaba de declive, hasta llegar al cauce seco. Durante un rato, siguió el lecho caminando sobre el pedregal. Había comenzado a llover, pero ni siquiera lo notaba. Jadeando, arrastraba su pierna mala, él mismo a punto de caerse. Por fin llegó al lugar donde el antiguo río torcía su curso. Allí, al pie del tajo que hacía miles de años habían abierto en la ladera las aguas torrenciales, vio a la *Mora* tendida entre la espesura de las adelfas.

Mientras se aproximaba, la perra levantó la cabeza. Pudo ver cómo por su boca entreabierta manaba un hilillo de sangre. Está reventada —dijo en alta voz, como si no estuviera solo, como si tuviese a su lado a alguien a quien pudiera comunicar su angustia—; está reventada —volvió a repetir. Cuando llegó junto a ella, intentó agacharse, pero las piernas se le rebelaron. Entonces, lentamente se dejó caer al suelo, quedando sentado junto al animal.

—*Mora, Morita*, ¿qué te ha pasado, vieja? ¿qué te has hecho?— Su voz, en la soledad del campo, le sonaba extraña, como una voz ajena. Posó suavemente su mano sobre el costado de la perra y ésta emitió un gemido de dolor. —Se ha reventado— volvió a repetir mientras dejaba la escopeta en el suelo y, en un gesto de desolación, cerrando los ojos, los codos apoyados sobre sus muslos, descansaba la frente entre sus manos.

Y entonces surgió la escena. Surgió tan clara, tan real, que no parecía un recuerdo sino algo que le ocurría allí mismo. La perra entre las zarzas, —porque no eran adelfas, sino zarzamoras—; él en pie, a su lado, contemplando el hilillo de sangre que brotaba de su boca; él cogiéndola en brazos y volviéndola a dejar en tierra mientras decía: «No hay nada que hacer; se me reventó la pobre *Mora*».

Trabajosamente, ayudándose con la escopeta, consiguió incorporarse. Ahora estaba en pie junto a la perra, que gemía levemente. —Se me reventó la pobre *Mora* —dijo—. Pero entonces eran zarzamoras en lugar de adelfas; y lucía el sol, mientras ahora estaba lloviendo; y no era un cauce seco, sino el arroyo de Tejadilla; y él estaba todavía en la cuarentena, mientras ahora ya había entrado en los ochenta años...

La perra le miró tristemente. ¿Qué tendrían los perros que siempre saben lo que va a ocurrir? Eso es lo que le pasaba esta mañana: no que estuviese enferma, sino que sabía lo que le sucedería después. Por eso no quería levantarse. Como la otra vez. Sí, ahora recordaba lo que aquella mañana no pudo recordar; cuándo y dónde lo hizo la otra

vez. Fue allá, en Castilla, hacía casi cuarenta años; la madrugada del día en que se despeñó.

Cuando apoyó la escopeta en su oído, la perra volvió a gemir.

—Vamos, *Morita*, vieja; no seas tonta; no tengas miedo. ¿Es que no te acuerdas ya? No se siente nada. Será como la otra vez, que ni te enteraste...

Un momento antes de apretar el gatillo, volvió la cabeza. Después, lentamente, comenzó a andar, sin pararse a echar una mirada a la perra muerta junto a las adelfas, muerta entre las zarzas...

Ahora llovía a cántaros. El agua le cegaba los ojos. Nada de extraño tuvo que escuchase sus voces antes de verlos...

—Pero si es el abuelo... —exclamó el ebanista— ¡Demonio de hombre! ¿No me dijo el otro día que iba a quedarse en casa? Y ahora se viene solo y con este tiempo... ¡Demonio de hombre!

El ebanista debió notar algo extraño, porque, cambiando el tono, inquirió:

—¿Se encuentra usted bien, abuelo? ¿Le ocurre algo?

El se limitó a mover la cabeza, denegando. Comenzaron a ascender la ladera lentamente, acomodando sus pasos a los de él, a pesar de la urgencia en que les ponía la lluvia. El agua se deslizaba por sus mejillas arrugadas, de viejo ídolo de barro cuarteado. Después de todo, se alegraba de que estuviera lloviendo, porque, de esa manera, ellos no podían verle las lágrimas.

Antonio Martínez Menchén